

# Sobre Algunas cuestiones de la conquista Romana de Hispania

Antonio Tovar

Revista -  
Anales de Historia Antigua y Medieval

1972 - 17 Vol II, pag. 141 - 147

Artículo

# SOBRE ALGUNAS CUESTIONES DE LA CONQUISTA ROMANA DE HISPANIA

por

**Antonio Tovar**

## *Primera despoblación del centro de la Península*

Una visión poco idílica de la historia, cual corresponde al momento en que vivimos, puede comprender mejor consecuencias de lo ocurrido en la Hispania central a finales del siglo III a. C. y centuria siguiente. Cuando el viajero sale de Madrid, todavía hoy, en cuanto pasa el cinturón industrial o las viviendas y restaurantes más o menos lujosos que se extienden en ciertas direcciones, se mete en vastos desiertos. Ello es explicable en la parte norte por la natural pobreza de la sierra granítica y las tierras altas, pero los valles del Tago y sus afluentes y la cuenca del Guadiana y toda la Mancha, la *macchia* o *maquis*, con sus trozos de monte desierto, reflejan todavía a los ojos del historiador las huellas de guerras destructoras.

En las tierras que nos ocupan hallamos en las referencias de los historiadores antiguos las tribus de oretanos, ólcades, carpetanos y vetones; aproximadamente, salvo una parte que quedó en la provincia de Lusitania, lo que corresponde al interior del *conventus* (y luego provincia) que tuvo por capital, precisamente de fundación cartaginesa, a Cartagena.

Con alguna duda respecto de las dos primeras tribus citadas, que como en vanguardia sufrieron el choque cartaginés en toda su violencia y fueron por eso destruidas antes de entrar bajo la luz de las noticias históricas, podemos afirmar que todos estos pueblos pertenecían a las estirpes indoeuropeas que habían ido penetrando en la Península desde aproximadamente un milenio antes. Aunque este elemento celta se acredite en la onomástica carpetana<sup>1</sup>, podemos estar seguros de que fundamentalmente todos estos pueblos de la región central pertenecían a las viejas capas, como vemos en los nombres con *p* (*Complutum*, *Bletisama*) y en afinidades mayores con la lengua lusitana que con la celtibérica<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Aún se mantiene casi íntegro el artículo de R. MENÉNDEZ PIDAL, *La etimología de Madrid y la antigua Carpetania* (1945), recogido después en el libro *Toponimia prerrománica hispana*, Madrid, 1952, p. 189 ss.

<sup>2</sup> Pueden verse, para la distinción de distintos posibles estratos de invasores indoeuropeos en la Península mis *Estudios sobre las primitivas hispánicas*, Buenos Aires, 1949, el libro de U. SCHMOLL, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden, 1959, y especialmente sobre la lengua lusitana mi trabajo en *Études celtiques* XI.

Ya las conquistas de Amílcar Barca en la región minera de Cástulo (Linares), en los confines de bastetanos con oretanos, acreditan que los intereses cartagineses se desplazaron de la zona de Cádiz y los puertos de la costa meridional de la Península, tradicionales colonias púnicas, hacia los confines de Andalucía con el ulterior reino de Murcia y la Mancha, e incluso hasta las costas de Alicante<sup>3</sup>.

Que la principal resistencia que el caudillo cartaginés encontró allí fueran, después de aniquilar en la Bética a los celtas<sup>4</sup> Istolacio e Indortes, los oretanos, está probado porque, a pesar de la pobreza de nuestras fuentes informativas, sabemos bien que Amílcar pereció en lucha con ellos<sup>5</sup>.

La actividad militar y política de su sucesor Asdrúbal parece determinada, de una parte, por la necesidad de consolidar el dominio de la región minera de los antiguos mastienos, de otra, por la necesidad de defenderse de los indígenas que oponen resistencia, precisamente los oretanos y sus vecinos los óleades.

Podemos suponer que, con los óleades y con la retaguardia de carpetanos y vetones los oretanos son en el siglo III lo que sucesivamente serán celtíberos y lusitanos en el II y cántabros y astures en el I: pueblos indoeuropeos aún pastores y más o menos nómadas, bárbaros de la frontera que amenazan las zonas urbanizadas que se van extendiendo bajo la protección del conquistador.

La política de Asdrúbal tendía a fijar una frontera que asegurara la existencia pacífica de los pueblos sometidos y dejara bien protegida a Cartagena, la capital del imperio púnico por él fundada. El problema que se le planteaba no era muy distinto del que tuvieron que afrontar los romanos con Graco o Paulo Emilio o Marcelo, o más tarde con César y el propio Augusto. Había que asegurar la paz de la vida urbana y la tranquila explotación económica, y quebrantar el poder de los bárbaros, que desde sus territorios aún sin civilizar, constituían una amenaza.

En 221 sucumbía Asdrúbal, víctima de un individuo que la fuente más fidedigna<sup>6</sup> nos descubre era "celta" precisamente, y vengaba la muerte de su señor. Su política de guerra y paz, de campañas para vengar la muerte de Amílcar, y de gestos amistosos como el de casarse con la hija de un rey hispánico<sup>7</sup>, no le libró de tales riesgos: la fidelidad de un hispano cortaba prematuramente la vida del fundador de Cartagena.

Inmediatamente Aníbal se encuentra obligado a continuar la misma política, y así extendió en dos campañas (221 y 220 a. C.) el dominio cartaginés en la meseta del Guadiana y del Tajo. Borró del mapa para siempre, hasta el punto de que no hay otro recuerdo, Althaia o Cartala, capital de los óleades, y penetró en la cuenca del Duero, por tierras de

<sup>3</sup> Cf. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942, p. 63 ss., ídem, *Historia de España* dirigida por MENÉNDEZ PIDAL, I 2, Madrid, 1952, p. 368 ss.

<sup>4</sup> Así explícitamente Diodoro XXV 10 = *Fontes Hispaniae Antiquae* III, Barcelona, 1935, p. 10 s.

<sup>5</sup> La fuente es la misma que en la nota anterior.

<sup>6</sup> POLIBIO II 36,1 = *Font. Hisp. Ant.* III 17.

<sup>7</sup> DIOD. XXV 12 = *Font. Hisp. Ant.* III 15 s.

vetones, y atacó Salamanca, Ledesma y Arbocala. A su regreso venció sobre el Tajo a los carpetanos. Estas conquistas y castigos extendidos hasta el Duero, que preludian los que repetirán los romanos, suponen el aniquilamiento de los pueblos de la meseta inferior y la desertización de amplias zonas de las cuencas del Guadiana y el Tajo. La citada capital de los ólcades, como otras muchas ciudades carpetanas y oretanas, son fantasmas imposibles de localizar, lo que prueba su total destrucción. La aniquilación total de ólcades y oretanos, deja en primera línea a sus vecinos y afines los carpetanos y vetones, que entran así en el vórtice de la destrucción. La guerra colonial de Aníbal obedecía a la ley tan corriente en tales guerras de extenderse como mancha de aceite.

Que los carpetanos quedaron totalmente aniquilados se prueba por el hecho de que en 151 a. C. el procónsul Lúculo tomó como pretexto de su rapaz ataque a los vacceos que éstos habían molestado a los carpetanos<sup>8</sup>, es decir, a un pueblo totalmente sometido a los romanos. En cuanto a los vetones, todavía en 193 aparecen junto a los vacceos y celtíberos en lucha con el pretor M. Fulvio en la región de Toledo<sup>9</sup>, y en 155 son arrastrados por Púnico, el jefe de los lusitanos, a la incursión contra las tierras romanas del sur<sup>10</sup>. Quizá la definitiva aniquilación está reflejada en la simple mención de Apiano<sup>11</sup> al aludir al castigo que Cepión en 139 a. C. infligió a vetones y galaicos. De la posterior distribución geográfica de los vetones puede deducirse que habían perdido terreno ante los lusitanos y los vacceos y habían quedado reducidos a territorios mal poblados y peor comunicados entre Lacimurgi (Navalvillar de Pela, al norte de la provincia de Badajoz, orilla derecha del Guadiana) y Salamanca, pasando por Caesarobriga, sobre el Tajo, al oeste de Talavera<sup>12</sup>. La misma Salamanca aparece en Livio y Polibio como vaccea y no vetona<sup>13</sup>.

Sabemos que en pleno asedio de Sagunto, a pesar del interés primordial en él, Aníbal tuvo que confiarlo a sus lugartenientes para combatir todavía con carpetanos y oretanos, que se habían rebelado ante las levadas aniquiladoras<sup>14</sup>. Semejante es el significado de la desertión de 3000 carpetanos, que abandonan a Aníbal al pasar el Pirineo en su marcha hacia Italia<sup>15</sup>.

Aún no estaba completa la tarea de someter a los pueblos del centro de la Península. Asdrúbal, el hermano de Aníbal, estaba precisamente

<sup>8</sup> APIANO, *Ibér.* 51 = *Font. Hisp. Ant.* IV, Barcelona, 1937, 24 s.

<sup>9</sup> LIVIO XXXV, 7 = *Font. Hisp. Ant.* III 196.

<sup>10</sup> APIANO, *Ibér.* 56 = *Font. Hisp. Ant.* IV 96 ss.

<sup>11</sup> *Ibér.* 70 = *Font. Hisp. Ant.* IV 122 s.

<sup>12</sup> Resumo aquí las observaciones hechas en mi continuación a la *Ibetsche Landeskunde* de A. SCHULTEN (1 y 2, Strasbourg-Kehl, 1955 y 1957), que tengo en preparación.

<sup>13</sup> Estos autores serían precisamente reflejo de la realidad que hallaron los romanos en el siglo II, cf. mi cit. obra *Estudios* 197.

<sup>14</sup> Liv. XXI 11.

<sup>15</sup> Liv XXI 23, FRONTINO, *Strateg.* II 7,7 = *Font. Hisp. Ant.* III 49 y 51. POLIBIO III 33,7 cita también oretanos y ólcades entre las tropas que Aníbal mandó a Africa en su plan de asegurar la metrópoli y el dominio colonial estableciendo guarniciones libias en España e hispanas en Africa.

ocupado en sitiar una ciudad de los carpetanos años después (210 a. C.), cuando el joven Escipión llega a Hispania <sup>16</sup>.

En la pobreza de nuestras informaciones sobre la guerra entre cartagineses y romanos parece sin embargo claro que los escenarios de ella son Cataluña, la costa del este y la Bética y Bastetania. Por las zonas del centro pasa algún ejército, y Celtiberia es citada a menudo como cada vez más importante centro de recluta de soldados.

En las confusas noticias que tenemos, sobre todo en cuanto a la geografía, de las campañas de Catón el Censor, no podemos saber nada seguro de si contra túrdulos y celtíberos pasó por el centro de la Península. En 186-185 hallamos a los pretores C. Calpurnio Pisón y L. Quincio Crispino intentando someter la región central, pero sufrieron un descalabro junto al Tajo, del que tomaron enseguida desquite <sup>17</sup>. Mas sin duda que ya entonces la lucha allí es contra lusitanos y celtíberos. Es posible que la toma de Toledo por M. Fulvio Nobilior en 192, con la derrota de los vetones que acudieron en su socorro <sup>18</sup>, signifique uno de los últimos estertores de los carpetanos. Las campañas de Q. Fulvio Flaco en 182 y 181, en que toma Aebura (Yebra, Pastrana) están dirigidas contra los celtíberos <sup>19</sup>. Buscando también la sumisión de los celtíberos combate Tiberio Graco junto a Alee en 179 <sup>20</sup>, pero lo que allí, en plena Mancha, había, era "el campamento de los celtíberos", como Tito Livio nos dice.

Estas tierras del centro carecen de personalidad política en lo sucesivo, y son teatro de las incursiones de los lusitanos. Por allí estaba sin duda el desconocido santuario de Venus donde tenía su refugio Viriato. Se diría que ya en la época romana muchas partes de la Mancha, de Guadalajara, Toledo y Extremadura, de las provincias de Avila y Salamanca tenían la fisonomía actual: tierra de dehesas, sin ciudades, de desierto monte, tierra destruida por la guerra de conquista una vez, y que volvería a serlo por la conquista musulmana y la reconquista, cuando en el dilatado período entre la toma de Toledo y la batalla de las Navas volvió a ser tierra de nadie, tierra de órdenes militares y de latifundios.

## 2. Los ciudadanos de Cartagena y el ejército cartaginés ante el asalto de Escipión

Poseemos un relato muy directo e inteligente de la toma de Cartagena, que se debe nada menos que al historiador Polibio (X 9,7-X 15) <sup>21</sup>, el cual visitó tres cuartos de siglo después la ciudad y consultó documentación de su conquista en poder del nieto por adopción del gran Escipión el Africano.

Es sabido que Escipión se presentó por sorpresa ante la plaza, en una rápida marcha a lo largo de la costa. En el puerto militar que era la

<sup>16</sup> POLIB. X 7,4. Cf. el comentario de A. SCHULTEN, *Font. Hisp. Ant.* III 96 s.

<sup>17</sup> LIV. XXXIX 30 s. = *Font. Hisp. Ant.* III 205 ss.

<sup>18</sup> LIV. XXXV 22 = *Font. Hisp. Ant.* III 197. Es muy significativo que de las dos ciudades oretanas que cita, NOLIRA y CUSIBI, no hayan quedado rastros.

<sup>19</sup> LIV. XL 30, 32 y 33 = *Font. Hisp. Ant.* III 211 s.

<sup>20</sup> LIV. XL 48.

<sup>21</sup> Puede verse en *Font. Hisp. Ant.* III 98 ss. con los comentarios de SCHULTEN.

nase principal del imperio cartaginés en Hispania la guarnición se redu-  
a a mil hombres, al mando de un desconocido Magón. Contrasta con la  
inactividad del general y los soldados profesionales la resolución de dos  
mil pausanos armados, que son los únicos que combaten. Magón dividió  
sus tropas en dos grupos y los situó en dos castillos dominantes, pero los  
que acudieron a repeler el ataque romano fueron los ciudadanos arma-  
dos. Sin duda que los más valientes de estos sucumbieron en la salida  
que hicieron, ya que Escipión los esperó a casi un kilómetro de la puerta  
de la ciudad, para que llegaran al choque fatigados. Al cabo de un día  
entero de combates en las murallas, con la sorpresa de un asalto por la  
parte que daba a las lagunas y esteros que había al norte de la ciudad,  
Escipión dio la orden de lucha sin cuartel, y entonces Magón, sin com-  
batir, parece, se rinde con sus tropas, y le entrega la ciudadela.

Parece evidente que en la defensa de la plaza clave del dominio car-  
taginés, donde había inmenso botín y se hallaban los rehenes que asegu-  
raban la sumisión de los súbditos hispanos, tenían más interés los ciu-  
dadanos que el ejército cartaginés. ¿Era Magón poco leal a los Bárceidas?  
¿Cumplía con los deseos de aquella facción del Senado cartaginés que  
la tradición histórica romana, no sabemos si con fundamento, nos presen-  
ta remisa a la guerra? ¿O no es más que desconcierto e incapacidad?

No deja de sorprender también que C. Lelio, el jefe de la flota de  
Escipión, fuera dueño del mar desde el primer momento, y no encontrara  
enemigo en el decisivo momento en que desde la bahía misma de Carta-  
gena apoyó la audaz acción por la que Roma liquidaba el poder cartagi-  
nés en España.

### 3 *Sobre móviles y planes de la conquista de Hispania por los romanos*

Los historiadores se han preguntado si realmente los romanos tenían  
ambiciones sobre Hispania o si se encontraron enredados en la conquista  
simplemente a consecuencia de la guerra púnica. Esta cuestión casi es  
realmente acerca del sentido de la historia. La acción de los pueblos en  
la historia obedece en buena parte a tendencias espontáneas y es una  
suma de desordenadas acciones individuales; pero por otra parte la ini-  
ciativa individual es capaz de imponerse más o menos tiempo, y en di-  
nastías, grupos políticos o militares, de dirigir en un determinado sentido  
una amplia acción, que puede alcanzar gran trascendencia histórica.

La serie de los tratados entre Roma y Cartago, iniciada, a lo que  
parece, por el increíblemente antiguo de 508 a. C., refleja una colisión  
de intereses sobre el Mediterráneo occidental, incluso la Península ibérica.  
Descubrimiento de monedas romanas en Mataró, un puerto de la costa  
catalana<sup>22</sup>, demuestra que desde temprano la capital del Lacio tenía  
intereses y prestigio comercial en aquellas costas, y probablemente nave-  
gaban sus naves hasta ellas. La conclusión, como dice el descubridor de  
tan importante prueba arqueológica M. Ribas Beltrán, es que "nuestros  
íberos eran conocedores de la civilización romana antes del desembarco  
de las tropas de Escipión".

<sup>22</sup> M. RIBAS BELTRÁN, *El poblado ibérico de Ilduro*, Excav. arqueol. en España  
30, Madrid, 1964, p. 30.

Hallazgo tal prueba que la Península entró en el horizonte político y económico de Roma desde muy pronto, y por consiguiente la conquista pudo ser en cierto modo cosa planeada.

Sin embargo es claro que la falta de experiencia con que los romanos llegaron a España se tradujo en desorganización y en resultados catastróficos para las desgraciadas poblaciones indígenas. Aparte de la organización cartaginesa, que debió caer íntegra en manos de los romanos, los modelos que utilizaron para la explotación de su nuevo dominio colonial no podían ser peores: los tributos imitaron los que habían hallado los romanos en Sicilia y Cerdeña<sup>23</sup>, en parte herencia de reyes helénicos, en parte también cartagineses.

Entre la rebeldía de los indígenas, naturalmente abrumados ante los nuevos dominadores, y las dificultades geográficas que ofrecía la gran extensión y la dureza del suelo y el clima de la Península, es natural que se extendiera a veces en Roma el deseo de renunciar a dominio tan costoso.

La aparición en Hispania de gobernantes a la vez enérgicos y sensibles a los sufrimientos de los pobres conquistados, como Catón en 195 y Tiberio Graco en 180-179, representa por parte de Roma —no sabemos si a conciencia o no— una decisión que se comprende recordando que Carlos V vaciló a veces y pensó en abandonar, ante los problemas morales de la conquista y las disparatadas guerras civiles del Perú, la América del Sur; y cuando reaccionaba buscaba un virrey justo y enérgico como Pedro de La Gasca.

Las complicaciones de la política internacional venían a reforzar la necesidad de mantenerse en la conquista. P. Bosch Gimpera y P. Aguado Bleye<sup>24</sup> han pensado, y pueden muy bien tener razón, que el envío a Hispania Ulterior de persona tan importante como L. Emilio Paulo obedeciera a que en la sublevación de Andalucía, que coincidía con el comienzo de la guerra de Antioco, jugara la influencia que aún debería conservar en el país el gran Aníbal, que intrigaba exilado en las cortes de Oriente.

Finalmente, se observa en Hispania una ley de las guerras coloniales por la cual el dominio estabilizado tiende a extenderse. Las zonas sometidas han de ser protegidas por pueblos vasallos y clientes a lo largo de la frontera; las inevitables inquietudes y veleidades de éstos provocan guerras de castigo, sumisiones y nuevas incorporaciones, y al crearse una frontera más allá, la misma dinámica sigue funcionando. El imperialista tiene además que proteger a los que se han acostumbrado a vivir bajo su protección<sup>25</sup>.

Las sublevaciones de celtíberos a partir de 155 son un buen ejemplo. El hecho de que los celtíberos del sudeste hubieran entrado a ser súbditos de Roma no había roto sus afinidades con los celtíberos aún independientes del noroeste: ante la llegada del cónsul Q. Fulvio Nobilior para

<sup>23</sup> E. BADIAN, *Foreign clientelas (264-70 B. C.)*, Oxford, 1958, p. 120.

<sup>24</sup> *Historia de España* dirig. por MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1934, p. 67.

<sup>25</sup> Es el caso, a que más adelante aludimos, de los celtíberos súbditos de los romanos, que si por un lado buscaban la protección de sus paisanos libres, temían el poder de éstos si cesaba el equilibrio que representaba el ejército romano. Véanse los textos en APIANO, *Iber.* 48, *Polib.* XXXV 2.

imponer la prohibición de construir murallas, los de Segeda acuden a los aún independientes arévacos<sup>26</sup>, y así comienza la guerra decisiva de Numancia. Los romanos andan en distinguos jurídicos y cuando para resolver esta crisis acuden los representantes hispanos a Roma, el senado trata a los libres como enemigos y no les consiente alojarse dentro de las murallas de la urbe<sup>27</sup>. Mas por otro lado Marcelo, que conocía bien la guerra y sus actores y escenario, exigía la paz no sólo con los anteriormente sometidos, sino con todos los celtíberos<sup>28</sup>.

Las luchas de facciones políticas juegan de una manera bien demostrativa en este caso, pues los consejos de paz que daba Marcelo son interpretados por muchos senadores como pretexto para hacerse árbitro y luego dueño de la Península<sup>29</sup>, y contra ellos se levanta el partido belicista de Escipión Emiliano (el que a la larga se impondrá), para atraer al pueblo a una guerra impopular.

La sumisión definitiva de las poblaciones ibéricas y turdetanas, que se logró ya en los primeros lustros del siglo II, convierte a los romanos en defensores de la Hispania urbana, explotada por ellos. Es posible que la conquista romana se hubiera señalado objetivos limitados, como suceder a Cartago en el disfrute de las minas y demás riquezas del país y mantener indisputado su patronato sobre los griegos de occidente. Pero la falta de una clara frontera y la presión de los indígenas indoeuropeos de las tierras altas enreda a los romanos en luchas que duran, con cortas interrupciones, doscientos años. Mientras hubo un rincón libre de la Península, las gentes que aceptaban la dominación romana y la vida urbanizada estaban expuestos al ataque de sus vecinos, ansiosos de disfrutar, aunque no fuera sino mediante el saqueo, los beneficios de la civilización.

<sup>26</sup> ARIANO, *Ibér.* 44 y otros textos que se hallan reunidos en *Font. Hisp. Ant.* IV 6 ss.

<sup>27</sup> POLABIO XXXV 2 = *Font. Hisp. Ant.* IV 18 ss.

<sup>28</sup> ARIANO, *Ibér.* 48. *Font. Hisp. Ant.* IV 16 ss.

<sup>29</sup> SCHULTEN analizó muy bien las fuentes sobre este punto: v. *Numantia I*, Múnich, 1914, 273 y 348, *Font. Hisp. Ant.* IV 18 ss.